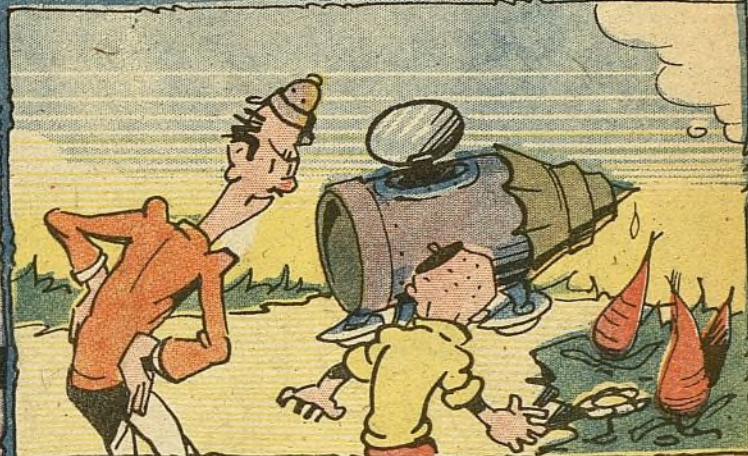
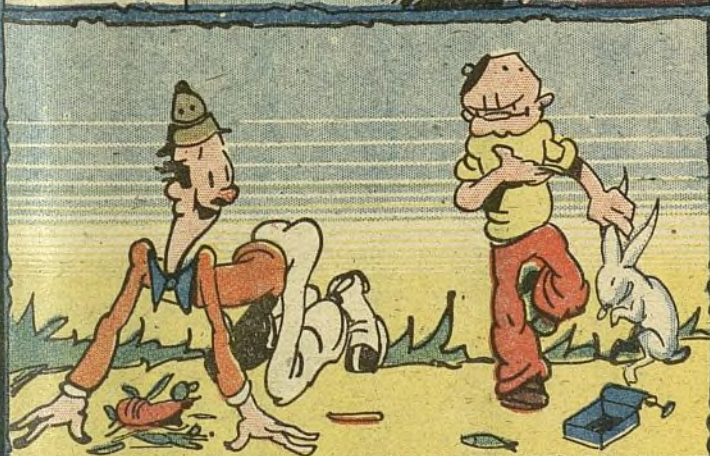




Ya es de noche y siguen por el aire sin lograr localizar la tierra del cacique. El viento sopla sobre el cielo y apaga las estrellas; el viento se da cuenta de que ha hecho mal y trae nubes negras; que pone ante el azul. El travieso viento cada vez sopla con más fuerza, el «patiplano» pierde estabilidad, se le fonde un ala y vuelven las vueltas; la escotilla se abre; Pirracas se abraza a las piernas de Cubillo, éste se agarra a las orejitas de Pirracas. Horribles minutos de espanto y temor; el peligro les muere. Pirracas se hace con el volátil y por casualidad o por milagro del cielo, cesan de dar vueltas y patiplanizan en una huerta.



— ¡Remolacha! ¡Eres un hacha con hache!
— ¡Atíza!
— ¡Dad!
— Si hemos perdido el indio.
— Oye; tienes razón.
— Sí, Cubillo, tengo razón; pero aquí vamos a perder hasta la razón.



«Yo soy la canastera» (cantan a dúo).

Inspeccionan el terreno: efectivamente es una huerta. Arrancaron tomates y lechugas e hicieron una ensaladilla estilo madrileño (con más tomate que otra cosa). En el suelo, al pie de un melonar, encontraron una liebre muerta.

— ¡Estupendo! ¡Vamos a guisarla! Yo me encargo de ella.



Y Pirracas la preparó; salió dura y mal pelada.

— No me gusta. Pirracas, el tomate la ha endurecido; no sabes guisar, inútil muchacho; esto está mejor en salsa rosa.

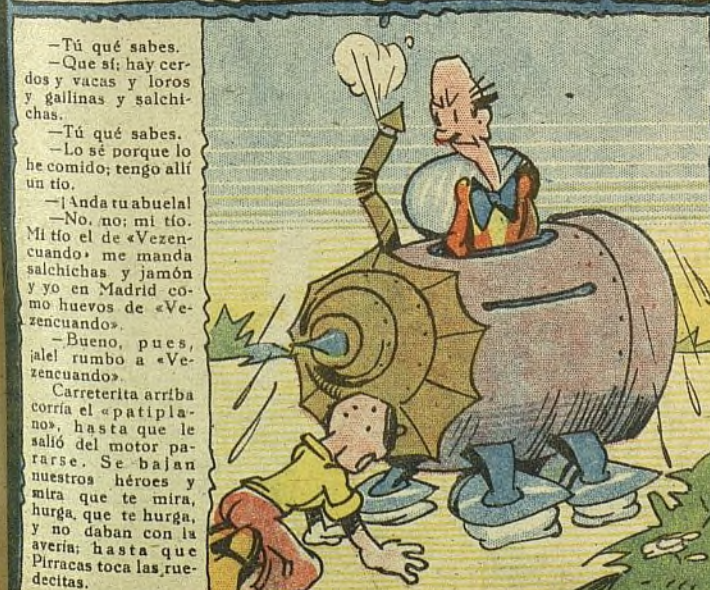
— No lo creas — contestó Pirracas — la liebre como mejor está, es en su madriguera y si no que se lo pregunten a ella.

— Vamos, vamos, Pirracas, formalidad, que ya vas siendo mayorcito; no digas bobadas, vamos, vamos.

— ¿A dónde?

— A Vezencuando 30 kilómetros, se leía en un poste.

— ¡Cubillo! ¡Vamos a ese pueblo, que es un pueblo pintoresco, quísimo y además hay mucho de comer!



— Tú qué sabes.

— Que sí; hay cerdos y vacas y loros y gallinas y salchichas.

— Tú qué sabes.

— Lo sé porque lo he comido; tengo allí un tío.

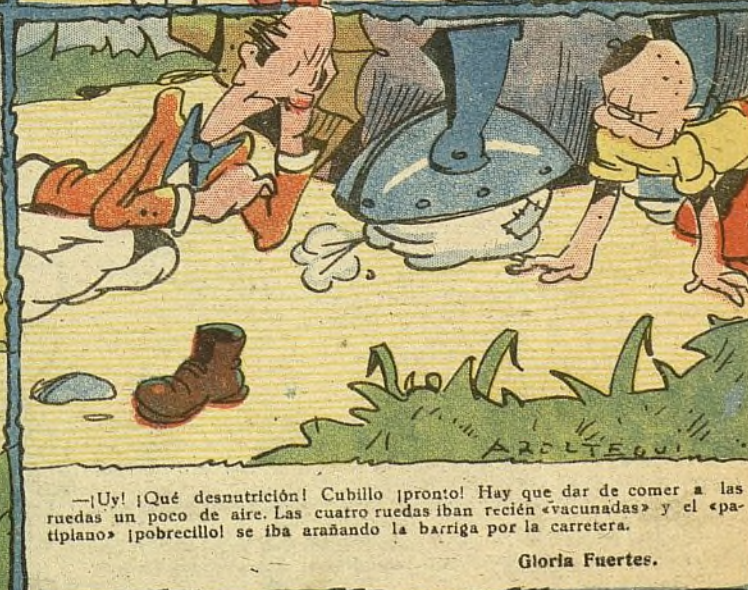
— ¡Anda tu abuelo!

— No, no; mi tío.

— Mi tío el de «Vezencuando» me manda salchichas y jamón y yo en Madrid como huevos de «Vezencuando».

— Bueno, pues, ¡alel rumbó a «Vezencuando»!

— Carreterita arriba corrió el «patiplano», hasta que le salió del motor pararse. Se bajan nuestros héroes y mira que te mira, hurga que te hurga, y no daban con la avería; hasta que Pirracas toca las ruedas.



— ¡Uy! ¡Qué desnutrición! Cubillo ¡pronto! Hay que dar de comer a las ruedas un poco de aire. Las cuatro ruedas iban recién «vacunadas» y el «patiplano» ¡pobrecillo! se iba arañando la barriga por la carretera.

Gloria Fuertes.



Chamacoco y su pandilla



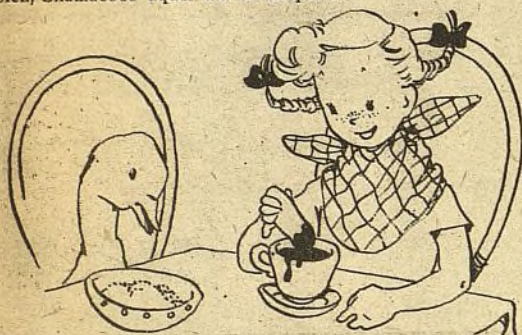
En sus buenos tiempos Chamacoco se llamaba Laurita, pero ahora, como jefe de su pandilla, necesitaba un nombre guerrero y en Chamacoco se quedó. Pues bien, Chamacoco aquel día se despertó



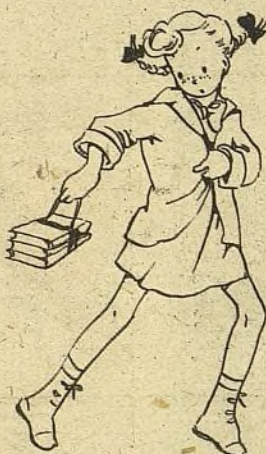
muy tarde y entre lo tarde que era y la prisa que tenía, se lavó como los gatos, ante la admiración de Mateo, su ganso amestrado, que no se explicaba la aversión de su amita hacia el agua.



El procedimiento de Chamacoco, para dirigirse al comedor, era rapidísimo y había que ver el brillo que tenía la barandilla de su casa.



¡Ah! Cuando más disfrutaba Chamacoco, era en el desayuno; su taza de chocolate era un balde de puro grande, pues hay que advertir que era muy golosa. En eso sí que estaba de acuerdo Mateo, que se zampaba tranquilamente un gran plato de maíz. Chamacoco, rápidamente salió



a la calle. Se hacía tarde para ir a la escuela y no era cuestión de que le pusieran falta como todos los días.



Chamacoco, se metió los dedos en la boca y cuando Chamacoco se metía los dedos en la boca, era para emitir un prolongado y estridente silbido, que servía para juntar en un momento a toda su pandilla. (Continuará)

El enjambre



Las flores del romero niña Isabel, hoy son flores azules, mañana serán miel. (Góngora).

Sobre el almendral se cierne una revuelta de abejas sutiles, con un ruido denso de colmena. Los niños se asustan. Vienen zumbando y meciéndose en el aire sin límites. Se siente el vaho de los panales y el rumor de las alas. El huerto resuena como una inmensa caracola.

—¡Huy! ¡Qué miedo! ¡Qué cosa tan rara!—gritó la niña, estrechándose a mí y pidiéndome protección.

—No tengas cuidado, guapa. Es un enjambre, una colonia de abejas que emigra a otros campos. No te escondas. Míralas bien. Ahora se encaraman en

las ramas del almendro y forman un racimo de centenares y miles de estrellitas doradas. Dejan su casita para establecerse en otro sitio y seguir a su reina. Las reinas no pueden vivir juntas en una colmena. No hacen buenas migas y se matarían unas a otras.

—Mira, Maribel—dijo Tatita más templado—si parece que están picando con la trompa una piña ¡muy grande!... ¡muy grande!

—Oye, padrino—me preguntaron los niños repuestos ya del susto—¿es verdad que las abejas chupan las flores y hacen unos cubitos de cera y los llenan de miel? ¿Es cierto que se mueren cuando hincan el aguijón?

Las preguntas de los chiquillos despertaron en mí conciencia el sueño del educador. Me figuré que el huerto se transfiguraba en escuela activa y les endilgué a manera de cuento algunas curiosidades de apicultura.

La abejita es el insecto más goloso y el que más engolosina la vida.

Vuela afanosa de flor en flor. Le gusta el tomillo, el romero, el espliego, el almendro y la rosa bermeja. Busca solícita un jugo azucarado que vierten las flores llamado néctar. Lo chupa con la lengua y lo convierte en miel en el buche. Lleva en sus patas traseras el polen cogido a los estambres de las flores, que alimentan a la cría. Tiene cuatro alitas transparentes y un aguijón para defenderse. Cuando lo clava pierde la vida.

Con las dos mandíbulas amasa la cera.

No todas son iguales. El cuerpo de la reina es



alargado; el de los zánganos cuadrado y voluminoso. Las obreras son más pequeñas y las únicas que trabajan. Constituyen con cera celditas muy finas en forma de hexágonos y en ellas deposita la reina unos huevecillos chiquitines y allí acaparan las obreras la miel.

Forman un estado pequeño muy poblado, con reina y súbditos. Los machos no trabajan. Por zánganos y gandules se mueren de hambre a las puertas de las colmenas. Las obreras se mueven sin reposo en su panal. Recorren cuatro y cinco kilómetros para libar el néctar. Sólo ellos tienen derecho a la miel. El campo recibe la sensación de su laboriosidad.

¡Qué bien valorais el trabajo, abejitas diligentes!

Hubo una vez un sabio llamado Séneca que escribió en su libro de oro esta sentencia: «Vivir ocioso es morir en vida». Y yo comento sus palabras y os digo: Una casa pequeña se dulcifica con el trabajo y una mujercita hacendosa conserva sus ojos dulces más allá de la muerte.

Martín Alonso



Doctrina y ESTILO

Recuerdo

Es la palabra que hay que repetir ahora. Recordar que un día os arrinconaban como a ferros; que buscaban la sangre de vuestros hijos y de vuestros maridos; que no podíais encontrar un bocado de pan para los pequeñuelos; que gemíais en el abandono y en las miserias de la cárcel, que vuestra vida misma dependía de un capricho criminal. Recordar que un hombre tomó entonces sobre sus hombros la responsabilidad de salvaros, que la lucha era larga, los trabajos muchos y la situación difícil; que poco a poco fué alejándose el peli-



gro y que al fin amaneció aquel primero de Abril que señaló el triunfo de vuestra fe, de vuestra tradición de vuestros intereses y de vuestra patria.

¡Qué generosos estabais en las horas de la incertidumbre! Lo hubierais dado todo por salvar la vida; vuestra vida y la de los seres amados. El peligro pasó y toda vuestra generosidad ha desaparecido. Fruncis el ceño cuando la patria exige un poco de sacrificio; murmurais ante la menor incomodidad; negais una pequeña ofrenda a aquel de quien lo habéis recibido todo. ¡Sois unos olvidadizos o vuestras palabras eran pura hipocresía.

¡Recuerdo, generosidad, gratitud!

Héroes de la Patria

Por Fray Justo Pérez de Arbel

El Buen Conde

Ilustraciones de Aróztegui

Sin darse cuenta de que la observaban entre el ramaje, fué la mora a meter su cántaro en el agua. El joven castellano se acerca diciendo:

—Nunca ha estado tan claro el cristal de esa fuente como en este momento.

—¿Por qué, señor caballero? —respondió ella.

—¿Por qué? Inclínate de nuevo hacia ella y pregúntaselo.

—Lo estais viendo, me inclino, miro y no me dice nada.

—Pues yo te digo que lo único que no está bien en ti es ese traje de mora y ese cántaro de esclavá.

—Aunque visto de mora yo adoro a Nuestro Señor Jesucristo, pero tengo que servir a esa gente que es la que me da de comer.

—Yo te casaré con uno de mis caballeros.

¿Ves aquel castillo que se levanta allá enfrente al otro lado del río? Pues yo soy el señor de él y de otros muchos y quiero ser el dueño de éste y a veces pienso que seré dueño de toda la tierra, de los castillos.

—Pues hoy has venido aquí con suerte.

—¿Por qué?

—Porque es Dios, sin duda, el que te ha traído. Desde luego, si eres valiente, a la noche puede ser tuya la fortaleza.

—Explicame.

—Es noche de bodas, sencillamente. El hijo del alcaide se casa. Habrá fiesta, mucho vino, mucha música y luego muy pocas ganas de combatir.

—¿Y cómo sabré que ha llegado el momento de dar el asalto?

—En la torre más alta aparecerá una luz. Será tu estrella.

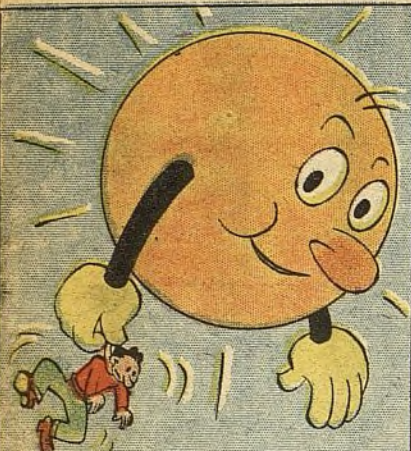
—¿No me engañas?

—No te engaño y para que te convenzas de ello, mira.

La mora sacó una cruz y se la enseñó al mancebo; después cogió su cántaro y echó a andar cuesta arriba. A los pocos segundos se volvió para decir: —Fijate en el camino que yo llevo. Es el único que permite llegar a la cima... (Continuará)



¡¡ATENCIÓN, ATENCIÓN!!...AQUÍ, CATAPÚN CHINCHÓN



Una vez que el gallo cantó, nosotros nos fuimos elevando como los buenos y el precio de los caramelos de menta. Ya desde las alturas, vi em-



pezar la vida de aquel pueblo. Primero pasaron las burras de la leche con el tío Floro, que es el de la garrota y que lleva boina. Luego pasó un chico corriendo detrás de un perro al que



había atado al rabo unas latas. ¡Tempranito empezaban a hacer travesuras los niños de allí! Después salió el pregonero a la plaza para anun-



ciar los precios en el mercado de la carne, los cereales, las legumbres, etc. Yo noté que leyendo la lista se «comió» las bellotas. Más tarde de lo que debieron, vi salir a los empleados de

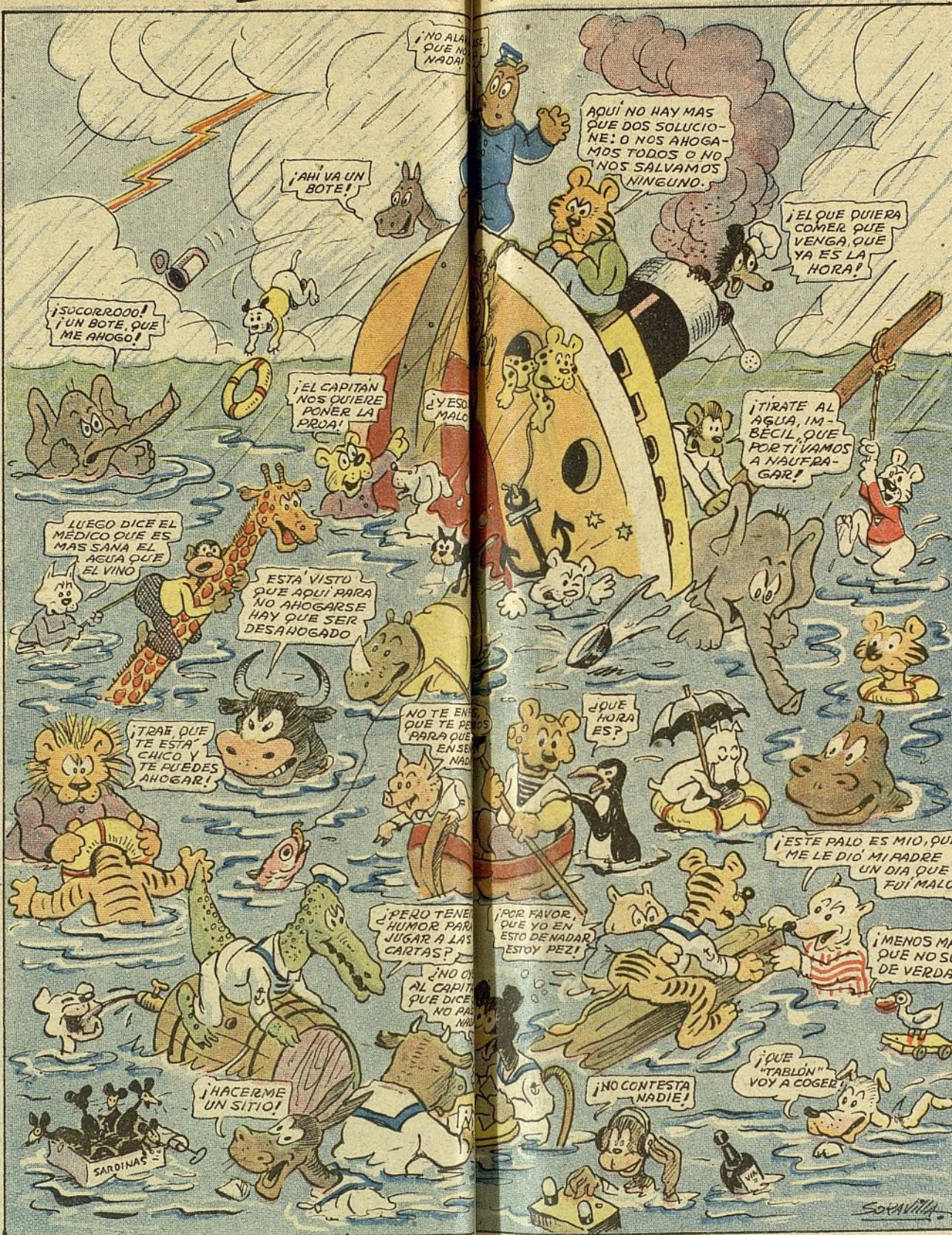


eficina para su trabajo... Y así, yo viendo, pero sin mojarme, pasaron cuatro horas y dos carros de mudanzas. Como estaba entretenido no me aburría. Por eso, cuando se me abrió la boca estrepitosamente, sospeché que era de hambre.



Pero un numeroso grupo de gente llamó mi atención entonces. ¿A dónde iría a reunirse tanta gente? Soy psicólogo y acerté en seguida. ¡Al fútbol o a los toros! (CONTINUARA)

ESCENAS de BESTAPOLIS



DESVENTURAS del "GANGSTER" PAT O'SHO



EL ENTUSIASMO DESPERTADO ENTRE LOS ESQUIADORES POR LAS PROEZAS DE AMBOS SUJETOS ES ALGO SERIO



Y ES QUE, VERDADERAMENTE, HACEN UNAS COSAS RARÍSIMAS SOBRETUDO ELLOS DOS.



¡BRAVO! ¡BRAVO! ¡CARAMBA!

¡SOIS GRANDES! ¡OS APLAUDIMOS CALUROSAMENTE!



LOS APLAUDOS SON TAN CALUROSOS QUE LA NIEVE SE DEBE TIENE COMPLETAMENTE.



¡POR CULPA VUESTRA NOS QUEDAMOS SIN PATINAR, HOMBRES!

¡NOS HABÉIS FASTIDIADO, EL DÍA, MAJADEROS... ¡SIN NIEVE NI NADA!

¡PEOS, MAS QUE PEOS! ¡NO OS QUEREMOS NADA NADA, CARAMBA!



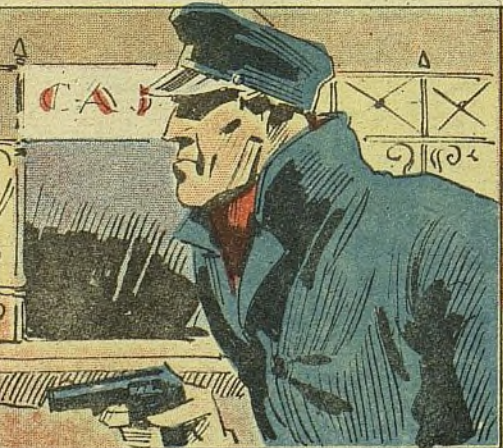
Y POR TÍMOR A OTRA COSA PONEN PIES EN POLVOROSA

La PLUMA NEGRA

TEXTO de KALI



Los timbres de alarma del Banco Canadiense sonaron sin interrupción, haciendo levantar de la silla donde estaba sentado medio adormilado el buen sereno Francisco, quien empujando la pistola salió al vestíbulo para cerciorarse de lo que sucedía. Los amplios pasillos a media luz aparecían desiertos. El vestíbulo también. Entró en



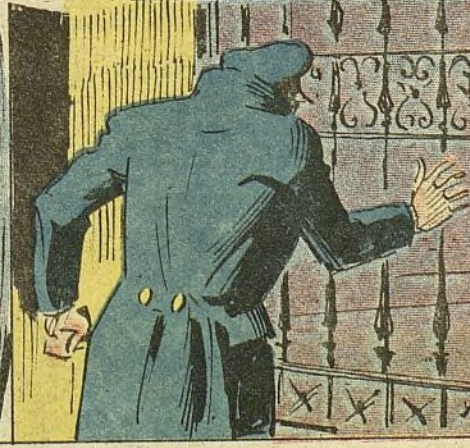
las oficinas, dirigiéndose a la cámara acorazada en la minuciosa inspección que llevaba a efecto. Por ninguna parte se veía un alma, ni el menor rastro de haberse introducido un malhechor; sin embargo, el timbre seguía funcionando, sembrando en el alma del guardián nocturno un ligero temor. Con la llave abrió la verja que defendía la



cámara, entrando en el recinto, la cual por precaución de él estaba de par en par. Y dando el interruptor de luz, iluminó ésta profusamente. Nadie había tampeado ella. ¡Qué cosa más extraña!, se decía Francisco, tras repasaba una por una las altas cajas de caudal. De pronto se quedó petrificado, al descubrir en una



ellas que estaba sin cerrar y pendía de la cerradura una brillante pluma de ave, completamente negra. Esto debe ser una broma pesada del cajero, seguramente, que quiere darme la noche, masculló entre dientes Francisco, arrancando la pluma y guardándola en el bolsillo. Terminó de inspeccionarlo todo y volvió a cerrar la caja, dirigiéndose



de nuevo al exterior, mas al llegar a la verja, vió con mayor sorpresa todavía que ésta estaba herméticamente cerrada. Me han robado todas las llaves, pensó Francisco recordando que las había dejado en el llavero y éste pendiente de la cerradura. ¿Pero cómo no he oído el menor ruido? No hay más remedio, tendré que terminar aquí

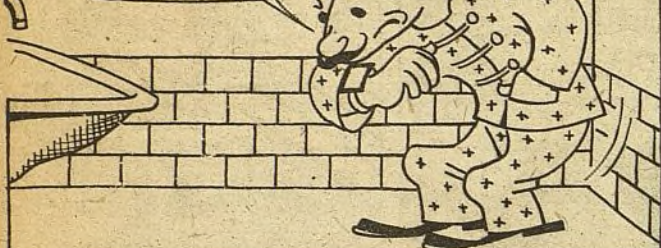


dentro la noche.... Cerró el timbre de alarma y acurrucándose en un rincón se dispuso a dormir, esperando que el nuevo día, con la entrada del personal, le librarán de aquella prisión que le prohibía cumplir con su misión de avisar a la policía, para que investigara cuanto había sucedido. —(Continuará).

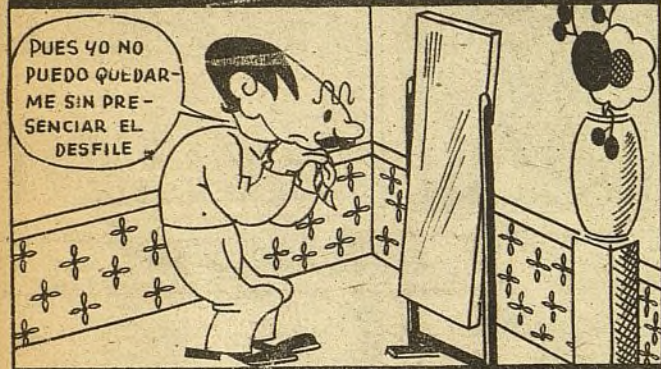
EL DESFILE DE LA VICTORIA

ABRIL

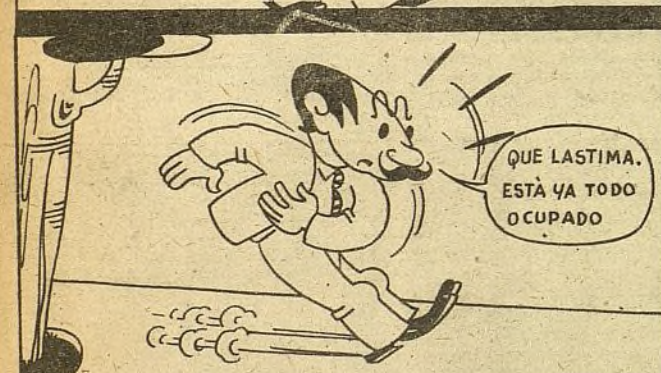
¡CARAMBA, SI VOY A LLEGAR TARDE!



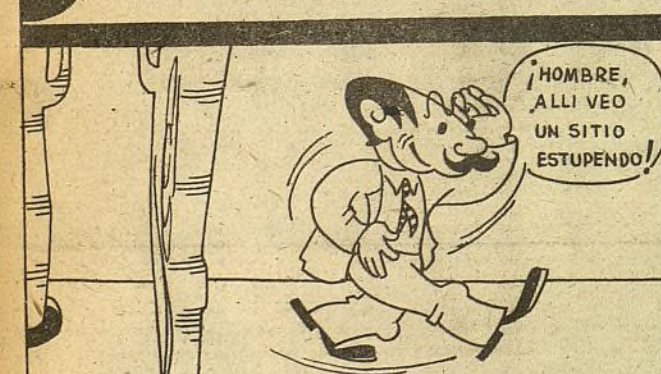
PUES YO NO PUEDO QUEDARME SIN PRESENCIAR EL DESFILE



QUE LASTIMA. ESTÁ YA TODO OCUPADO



¡HOMBRE, ALLÍ VEO UN SITIO ESTUPENDO!



CARMELO =

QUE ESPECTÁCULO MÁS HERMOSO



Cuento de Mari-Pepa

Una visita inesperada.

En la clase no se oía ni el vuelo de una mosca. Estábamos todas castigadas a cuenta de una terribilísima «elección de cosas» que nadie había contestado a gusto de nuestra profesora. Y mientras en el jardín se oían los juegos y risas de las niñas de otras clases, nosotras fijábamos de mala gana la vista en nuestros libros. De pronto se abrió la puerta y apareció la Hermana portera; se acercó a la mesa de Madre Ignacia y pronunció varias palabras en voz baja.

—Siendo un caso extraordinario—oímos decir a nuestra profesora—le concederé el permiso, a pesar de que estaban todas castigadas. Y añadió levantando la voz:

—Angelinas, haga el favor de acompañar a la Hermana, que preguntan por usted.

Angelinas se quedó pálida del susto y, toda temblorosa, ejecutó lo que le mandaban. En la clase se alzó un murmullo de comentarios en voz baja.

—¿Para qué la llamarán?

—Debe ser algo urgente, porque hoy no es día de visita para las internas.

—Ya habéis oído decir a Madre Ignacia que es un caso extraordinario.

—Yo estoy rabiando porque vuelva, para que nos lo cuente.

—Chssst...—ordenó Madre Ignacia, haciendo callar todas las voces.

Y entonces apareció de nuevo la Hermana Celedonia, para dar un nuevo recado. Nuestra monja no pareció muy satisfecha, pero dijo:

—Mari-Pepa, salga un instante con la Hermana.

Esta vez me tocó a mí sobresaltarme. Y los comentarios renacieron de nuevo, mientras yo abandonaba mi puesto. Guiada por la Hermana atravesé pasillos y escaleras, hasta llegar a la sala de visitas. En ella vi a un señor y a una señora desconocidos, que tenían a Angelinas estrechamente abrazada. Al verme, mi amiga se soltó y se acercó para llevarme de una mano.

—Estos son mis papás—dijo presentándome a aquellos señores.

—¿Los que estaban en América?—pregunté muy asombrada.

—¡Claro que sí!—comentó Angelinas riendo. ¿Cuántos querías que tuviese?

Comprendí que había dicho una tontería y para arreglarlo saludé con la mejor sonrisa que pude. La mamá de Angelinas me dio muchos besos y dijo:

—¿Sabes, Mari-Pepa, que yo tenía muchas ganas de conocerte? Por las cartas de mi hijita sé lo buena que has sido con ella, cuando todas las demás la dejaban a un lado y se burlaban de su timidez. Sé también que la llevaste a tu casa durante las Navidades, para que no estuviese tan sola en esas fiestas y por ello te estoy muy agradecida y te he cobrado un cariño inmenso.



—Y ahora que hemos regresado a España y queremos que Angelinas haga con nosotros un bonito viaje de vacaciones, pediremos permiso a tus padres para que vengas con nosotros—añadió su padre.

—¡Oh, qué alegría!—exclamamos Angelinas y yo dándonos un abrazo.

—Hoy, por de pronto—dijo la mamá de mi amiga—para celebrar nuestro encuentro, os llevaremos a merendar y a ver unas películas de dibujos.

—El caso es... que estamos castigadas todas las de la clase—suspiré.

—Eso se arregla muy pronto con dos palabritas que le digamos a la Madre Superiora—aseguró la mamá de Angelinas. Después de dos años de ausencia, creo que comprenderá nuestro deseo de tener a la pequeña a nuestro lado.

—Pero ¿yo?...

—¡Tú para mí eres como una hija, Mari-Pepa. También conseguiré tu indulto.

—¡Oh, entonces sí que le voy a pedir una cosa!—exclamé. ¡Haga llamar también a Mari-Chari, porque es nuestra amiga inseparable y así se librará del castigo general!

—Estoy viendo que hoy me llevo de paseo a medio colegio—comentó riendo la señora. Pero si eso puede haceros felices, sea. (También Mari-Chari entrará en el rescate!...

Al cabo de un cuarto de hora, y ante el nuevo asombro de la clase, Mari-Chari fue mandada salir en compañía de la Hermana portera. Angelinas y yo le explicamos lo que ocurría en pocas palabras y la presentamos a sus padres. También les fué muy simpática, y, una vez obtenidos los permisos necesarios, salimos todas a la calle. Un hermoso coche nos estaba esperando y al poco rato nos dejaba en una chocolatería céntrica. Nata con frutas, pastelillos de chantilly, bocaditos de chocolate... todo lo que se nos antojó y más nos fué servido al instante. Los padres de Angelinas disfrutaban al ver la satisfacción de nuestros rostros, un tanto embadurnados de marrón y blanco.

—¿A dónde queréis ir ahora?

—A ver una sesión toda de dibujos—contestó Angelinas—que es lo que más nos divierte.

Y a los pocos instantes nuestro deseo se había realizado. Hundidas en los cómodos sillones, Mari-Chari, Angelinas y yo reíamos a plenos pulmones con las muecas de Mickey, las aventuras de Popeye y las fechorías del pato Donald. Sin embargo, un antipático obstáculo nos entorpecía la vista perfecta de la pantalla: era éste nada menos que la enorme cabeza de un señor calvo. Es decir, todavía tenía un par de pelos sobre su monda superficie.

—¡Ya se podía marchar de aquí!—decía

Mari-Chari, removiéndose a derecha e izquierda en su asiento para buscar un sitio por donde ver mejor.

—A mí me duele el cuello de tanto estirarlo—se quejaba Angelinas.

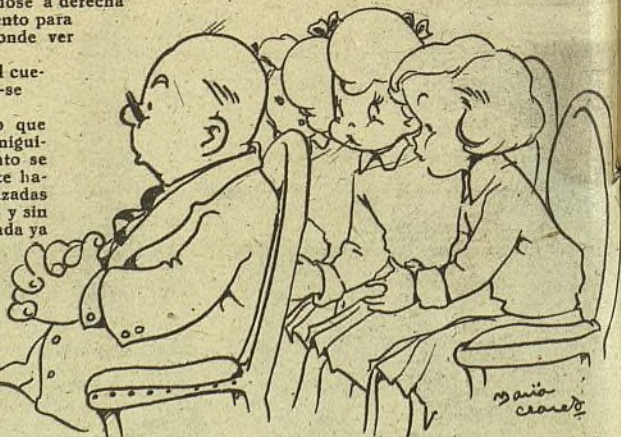
—Haced lo mismo que yo—propuse a mis amiguitas—y vereis qué pronto se va. Soplad suavemente hacia su calva. Abalanzadas en nuestros asientos y sin preocuparnos para nada ya de lo que pasaba en la pantalla, Mari-Chari, Angelinas y yo comenzamos a echar verdaderas ráfagas de aire que hacían columpiarse blandamente los dos pelos de la hermosa calva. Y antes de que terminásemos se cayó el

—¡Vaya y noso

nara la primera parte, el señor se levantó de su butaca, se embutió el abrigo, sombrero y se marchó diciendo:

con el cine está! ¡No hay quien pare de correr!...

trás, satisfechas, seguimos viendo la película.—Mari-Pepa.



COLABORACIÓN de NUESTROS LECTORES



La historia de D. Asensio
En la misteriosa Aragon suceden cosas extraordinarias de principios. El explorador blanco Aragon se dedica a descubrir el secreto de el mundo que mata y la luz del mundo. Con el en su poder parte la del mundo a su destino. Pero otros se desvanecen lo hacen y se desvanecen en todo momento. Como el de octubre se encuentra en el laboratorio y se desvanecen a buscar un medio para que desde el fondo que mata. Pero alguien quiere impedirle porque sabe del peligro en un aparato y le dirige a la lancha del laboratorio que parte hacia el mar.

Francisco Asensio
8 años.—Madrid.

Ramón Sánchez
11 años.—Madrid.

Alberto Sansóns
9 años.—Barcelona.

Miguel Cueto
13 años.—Barcelona.

Luis Maldonado
10 años.—Oviedo.

La gran catástrofe de Santander
El viento venía del Sur procedente de la mar, traspasando las montañas a toda velocidad. El viento iba creciendo cada vez un poco más, y al llegar a Santander se convierte en huracán. Arrastrando galerías, vidrios, tejas y balcones y llevándose de cuajo unos cuantos miradores. Los alambres de la luz todos fueron arrancados y al juntarse unos con otros produjeron mil chispazos. En la gran calle de Cádiz se prendió un cortocircuito, propagándose el incendio al número ocho, quinto. Los bomberos montañeses acudieron con sus mangas, pero como estaban rotas no pudieron hacer nada. Ayudado por el viento el incendio se extendió por calles circunvecinas a velocidad atroz. Las gentes desahoradas de las casas se salían sin poder salvar ni un peine porque estaba el fuego encima. A las diez de la mañana el incendio se extendió por el puente la Ribera, Ruamayor y Ruamenor. De las casas contiguas al fuego, sacaban los muebles por miedo. El «Plutón», barco de guerra que estaba anclado en el puerto, transmitía las noticias S. O. S. diciendo. Acudieron los bomberos de Castilla y de Bilbao con camiones y con bombas que no se habían estrenado. Y así el día diez y ocho el incendio se apagó, quedando todo abrasado, menos «yo».

M. Franquesa
12 años.—Sabadell.

Mercedes Canela
13 años.—Figueras.

Antonio Suárez
10 años.—Sevilla.

Antonio Pastual
9 años.—Barcelona.

Pascual Ibáñez
12 años.—Zaragoza.

M. Vázquez

Paquito Almeida
8 años.—Madrid.

Eugenio Busquier
12 años.—Elda.

David Azaola
Galdacano.

Mari-Tere Quintero
9 años.—Cuenca.

Rafael Navarro
13 años.—Espinardo.

Lolita García
10 años.

Maria Jesús Iriarte
6 años.

José Andrade
12 años.—Málaga.

Jesús Viñas
13 años.—La Coruña.

Manuel Fafán
La Coruña.

Antonio Viera
Villa de Aleántara.

Rafael del Rosal
8 años.—Madrid.

Maria Calvite
9 años.—Logroño.

Juan Sumoy
10 años.—Vendrell.

Mari-Tere Quintero
9 años.—Cuenca.

Rafael Navarro
13 años.—Espinardo.

Lolita García
10 años.

Rafael del Rosal
8 años.—Madrid.

¿Qué quieres saber?

Maria Carmen Esteban, (Soria).—¡Claro que quiero ser amiga tuya! Te mando mi foto dedicada. Los cuentos y versos que te sacas de la cabeza me parecen muy bien, pero no me dices si deseas que los publiquen en Colaboración. Da muchos besitos a los dos pequeños y a las dos mellizas y tú recibe un avión lleno de ellos para ti sola.

Lale Rentería, (Bilbao).—Tú también me eres muy simpática y me alegro de contarte entre mis amigas. Yo no puedo dar las señas de ninguna niña sin su consentimiento, pero tú puedes escribir a las que yo anuncio en esta misma sección. Y si te parece mejor todavía, daré tus señas y que te escriban las que lo deseen. Recibe un abrazo.

Marynés, (Oviedo).—Aquí va el modelo de abrigo y gorra para el muñeco con un abrazo.

Correspondencia.—Lale Rentería, calle A. Mazarredo, 43, 3.º, Bilbao, con niña de 14 a 15 años, de San Sebastián, que sea traviesa.

Marité López, (La Coruña).—Encantada de ser amiga tuya. Siento que me hayas enviado los dibujos a mí, pues así tardarán todavía más que si los hubieras mandado directamente a Colaboración. Ten paciencia, pues, y espera aunque sea más de un año, pues mi correspondencia lleva año y pico de retraso y no hay medio de ponerla al día, como no fuese dedicando a esta sección todas las páginas del semanario. ¡Qué culpa tengo yo de tener tantos miles de amiguitas! Te mando la foto de Comunión y miles de besos.

Menchu Borrajo, Marité Martínez y Franci Salas, (Granada).—Encanta-

da de ser amiga vuestra. Supongo que ya habreis puesto en práctica cualquiera de los juegos que han salido en esta sección. Doy vuestro encargo y con un saludo para la Alhambra, os mando tres cariñosos besos de los más grandotes que tengo.

Teresita de Luis, Publia y Pilarin Cantera, (Maliño).—Recibo ahora vuestra simpática carta y en prueba de mi cariño os mando mi foto de montañesa. Ya habreis leído en mis aventuras lo que me ocurrió a mi paso por Santander. Me he enterado del terrible incendio ocurrido en la capital de la Montaña y me he acordado mucho de tantísimas amiguitas santanderinas como tengo. Para vosotras y para todas ellas muchos y fuertes abrazos.

Conchita Hernández, (Madrid).—El cochecito puedes hacerlo con una cajita de cartón, del tamaño que te convenga. Luego recortas dos ruedas de un cartón fuerte, las unes con un alambrito y las pones en un extremo, repitiendo lo mismo con las otras dos en la otra parte. Te mando mi foto y muchos cariñosos besos.

Clotilde Rivero, (Madrid).—Ya estás admitida como amiguita. Sin embargo, creo que no llegaré a tiempo con el vestido. Por si acaso te sirve para esta primavera, te lo mando. No puedo darte mis señas, porque entonces mi casa sería un verdadero jubileo de niñas que vendrían a visitarme y Juana tendría que pasarse el día abriendo la puerta. Contentate con escribirme a «Flechas y Pelayos», desde cuyas páginas únicamente puedo yo charlar con todas las niñas de España. Recibe besos y abrazos cariñosos.

Maria Nieves Lacosa, (Huesca).—Supongo que para tu cumpleaños recurrirías a mirar las recetas de bombones, que ya se han publicado en esta sección. En el número 39 tenías una, precisamente. Como ya pasó tu apuro, te mando el modelo de peinado. ¿Te gustaron los recortables de José Antonio y Miss Ketty que aparecen en los dos últimos libros de mis aventuras? ¿Qué tal van esos estudios? Recuerdos de mis hermanos y cariñosos besos a montones de mi parte.

Correspondencia.—Menchu Borrajo, Marité Martínez y Franci Salas, desean escribirse con una niña de La Coruña de catorce a quince años, que le guste leer.

MARI-PEPA.

LA ESTOCADA SECRETA.

TEXTO ORIGINAL

DE VALLE



Haciendo sonar sus espuelas, el escudero entró en el salón, donde fué recibido por el ama de llaves a quien indicó venía de parte de la muy ilustre y alta dama la camarera mayor, para darle un recado verbal a la condesita. Al enterarse de ello, inmediatamente fué obsequiado con unas tortas riquísimas y un vaso de buen vino español que Juan apuró de un solo trago. Luego, condujéronle hasta las habitaciones en donde estaba anhelante esperándole, la condesita. —«Mi señora —dijo Juan barriéndole el suelo con su sombrero— vengo a que me digáis los motivos de su vuestro destierro y vuestra ausencia de palacio». La joven le explicó todo cuanto había sucedido y el por qué de hallarse recluida en aquel desierto. Juan la consoló



aconsejándole no cediese a las pretensiones del viejo conde, pues sabía positivamente que su antigua señora y amiga estaba muy interesada en arreglar el asunto. Deseando explicar a su señor cuanto antes lo que había sucedido, se despidió muy pronto de la condesita y después de volver a beber unos vasos de vino, montó en su caballo emprendiendo el regreso. Para el capitán las horas se le antojaron siglos esperando la llegada del emisario. Sentado en el cuarto de banderas, con el ceño fruncido, dejaba que se escurriera el tiempo intentando buscar solución a su conflicto. Un oficial de guardia entró avisándole que deseaban hablarle. Dando un brinco de la silla salió Egido creyendo que era su escudero.



—«Soy el secretario del Cardenal —le habló el caballero— deseo tratar con vos una interesante cuestión. Os espero en mi casa mañana a las doce en punto. Egido volvió a cuadrarse y el caballero salió de palacio. Hecho un mar de dudas quedó éste sin atinar los motivos que tenía el Cardenal para acordarse de él después de tanto tiempo de haber dejado su servicio. Cuando regresó a su casa, se encontró con que el escudero había llegado pero muerto de cansancio, se había dormido como un bendito. —¡Eh! —dijo el capitán sacudiéndole— Despierta de una vez y dime qué es lo que has hecho. ¿La has visto?». De un salto el escudero se levantó, cuadrándose. —«Dis... dis... pense, mi capitán —dijo nervioso— me había dormido. Continuará

